

EASTERLY, William, *The tyranny of experts. Economists, dictators and the forgotten rights of the poor*, Basic Books,

Nueva York, 2014, ps. 416

MIQUEL REYNÉS RAMÓN*



Los tres libros que, en solitario, el economista William Easterly ha dedicado a los temas del desarrollo y de la ayuda al desarrollo de los países pobres han tenido una repercusión amplia y controvertida, no circunscrita a ámbitos académicos o especializados¹. Profesor de la Universidad de Nueva York y ex funcionario del Banco Mundial, Easterly es conocido por sus reiteradas críticas al modelo de desarrollo y de ayuda al desarrollo que las organizaciones internacionales, los países ricos, algunas instituciones privadas y varias personalidades de fama internacional han propugnado a través de sus hechos e ideas. Académicamente, por otra parte, se le ha situado dentro de la corriente de los economistas institucionalistas². Estas dos dimensiones de su trabajo orientan los contenidos de su último libro, como ya lo hacían con el anterior, del que éste podría considerarse una continuación.

¹ Al margen de este libro, Easterly ha escrito *The elusive quest for growth* (The MIT Press, 2002) y *The white man's burden* (Penguin Books, 2007) y editado los siguientes: *The limits of stabilisation* (con Luís Serrén, Stanford University Press y The World Bank, 2003), *Reinventing foreign aid* (The MIT Press, 2008) y *What works in development* (con Jessica Cohen, Brookings Institution Press, 2009). En su página personal (www.williamasterly.org, consultada el 29 de septiembre de 2014) se puede obtener información relacionada con estos libros, algunas de las críticas y reseñas a las que han dado lugar y otras de sus actividades y publicaciones.

² Véase el libro de Abhijit V. Banerjee y Esther Duflo, *Repensar la pobreza*, Taurus, Madrid, 2012.

Las principales ideas del libro son las siguientes. Desde el comienzo de la ayuda a los países pobres, en 1949, un único modelo de desarrollo —que en este libro significa crecimiento económico— ha sido dominante y ha condicionado tanto las políticas de ayuda como las de los países pobres. Este modelo, que en la mayor parte de libro se identifica como de desarrollo autoritario, aunque puntualmente se le denomine modelo de la ilusión tecnocrática, tendría dos componentes. Por un lado, considera que la pobreza de los países es, sobre todo, un problema técnico, de falta de planificación y de capacidad de los estados para aplicar las soluciones —técnicas— que los especialistas han identificado. Por otro, este modelo ha legitimado, si no promocionado, la idea y la figura del autócrata benevolente, o sea, la idea de que algunos regímenes autoritarios o dictatoriales quieren el desarrollo de sus países y pueden adoptar con más facilidad las medidas para materializarlo.

Frente a esto, Easterly defiende lo que llama el modelo del desarrollo libre, basado en el reconocimiento y la materialización de los derechos y libertades económicas y políticas de los ciudadanos de los países. Lograr este objetivo es un fin en sí mismo, ya que estos derechos están ausentes en muchas autocracias, y es el principal medio, ante el fracaso del modelo de

*** Miquel REYNÉS RAMÓN,** Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universitat Pompeu Fabra, doctor en Sociología (especialidad de Sociología de la Educación) por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor Asociado en la Facultad de Ciencias Sociales y de la Educación de la Universidad Camilo José Cela. Becario MAEC-AECID durante el curso 2011-12 en el *Bureau Régional pour l'Éducation en Afrique* de la UNESCO en Dakar.

desarrollo autoritario, para que los países salgan de la pobreza.

A partir de estas ideas generales, Easterly aborda dos aspectos concretos: en primer lugar, busca una explicación al hecho de que el modelo de desarrollo dominante haya sido el autoritario y, en segundo lugar, señala los puntos débiles de la dimensión técnica de este modelo, a la vez que argumenta empírica y teóricamente a favor del modelo de desarrollo libre. El libro se estructura en cinco partes y catorce capítulos. Tras el primer capítulo, que es una introducción y al mismo tiempo un resumen del libro, los capítulos dos, tres, cuatro, cinco y trece se ocupan del primer aspecto. Del capítulo seis al doce se aborda el segundo. Cierra el trabajo el capítulo catorce, dedicado a las conclusiones.

Como se ha apuntado, el libro intenta averiguar cómo se ha impuesto un modelo autoritario de desarrollo y de ayuda. De acuerdo con Easterly no ha sido por falta de modelos alternativos. Para demostrarlo el autor, en el segundo capítulo, compara las ideas de dos economistas, Gunnar Myrdal y Friedrich Hayek, que representarían, respectivamente, el modelo autocrático y el modelo libre. El hecho fue, sin embargo, que no existió jamás un debate alrededor de este tema. El modelo autoritario se convirtió en dominante por motivos políticos. La argumentación de Easterly se apoya en casos actuales y en tres episodios o ejemplos históricos (ocurridos en China, en África y en Colombia) para mostrar el proceso de formación y las bases de este modelo de desarrollo.

La ayuda al desarrollo ha sido un instrumento de la política externa de los países ricos con los pobres. En la época colonial, durante la guerra fría o en la actual guerra al terror, se ha utilizado para favorecer,

directamente o a través de organizaciones internacionales, el establecimiento o la continuidad de regímenes autoritarios afines. Y estos regímenes, muchos de los cuales retomaban las formas autoritarias de organización de la etapa colonial, han visto en este modelo una fuente de legitimidad. Con otras palabras, el desarrollo de los países, logrado a través de soluciones técnicas, compensaría la falta de libertades y derechos.

El capítulo trece, finalmente, pretende desmontar el argumento de que los regímenes dictatoriales o autocráticos disponen de los mecanismos para desarrollar a sus países en mayor medida que los regímenes democráticos. Esta idea o percepción —Easterly recurre a planteamientos psicológicos— tiene muy poco fundamento empírico. Los resultados económicos o de desarrollo positivos de las dictaduras sólo lo son a corto plazo y, pese a que algunos de los países de mayor crecimiento sean autocracias no significa que todas las autocracias alcancen el desarrollo. Ocurre lo contrario: la mayor parte de estos regímenes no lo consiguen. No se puede olvidar, además, que muchas dictaduras son de países pobres y, por esa razón, tienen mayor margen de desarrollo. Por último, los países que se han convertido, popularmente, en referentes de desarrollo o crecimiento económico —China, por ejemplo— lo han logrado cuando han permitido una relativa mayor libertad y respeto de algunos derechos económicos y no a los políticos.

Siguiendo esta línea crítica, la segunda parte del libro es una refutación de la posibilidad de un desarrollo técnico y planificado, esto es, de la ilusión tecnocrática, el otro componente del modelo de desarrollo autoritario. A través de ejemplos históricos —unos más acertados

y necesarios que otros— e investigaciones propias y ajenas, Easterly identifica y describe tres dimensiones en las que el planteamiento de esa ilusión es erróneo, al mismo tiempo que lo opone a los resultados del modelo basado en las libertades y derechos políticos y económicos.

Easterly llama a la primera de estas dimensiones “pizarra blanca”, sinónimo, podríamos decir, del peso de la historia o de las tradiciones. La ilusión tecnocrática cree que la planificación y las soluciones técnicas van a funcionar en cualquier contexto, lo que significa que puede ignorarse el modo en que se han construido las sociedades. Los capítulos que Easterly dedica a este tema (los de la parte tres) intentan demostrar que las condiciones (derechos económicos y políticos) que han llevado al desarrollo de los países tienen una continuidad histórica muy fuerte.

La segunda dimensión tiene que ver con el papel que se asigna al estado o a la nación como sujeto y motor del desarrollo. De acuerdo con Easterly, y esto llama la atención, no existen, o los economistas no las conocen, políticas económicas que pueden llevar a cabo los estados para lograr el desarrollo o crecimiento a corto plazo. La idea de que se puede planificar y aplicar, desde el estado, unas medidas técnicas que funcionen ha de generar muchas dudas. Además, el hecho de tomar al estado como sujeto del desarrollo tan sólo lleva a que se prioricen unos grupos de ciudadanos sobre otros, aquéllos que pueden aumentar el indicador de desarrollo del país. La tercera dimensión —y crítica— va en el mismo sentido y tiene que ver con la simple posibilidad de planificar el desarrollo, de realizar lo que Easterly llama el diseño consciente del desarrollo. Utilizando el ejemplo de la innovación tecnológica, sostiene que planificar este tipo de cambios

carece de sentido. Retomando las ideas de Hayek, argumenta que las sociedades no tienen, en un momento concreto, los conocimientos necesarios para saber qué va a ocurrir o qué innovaciones son necesarias sino que esto es resultado de lo que llama las soluciones espontáneas, es decir, lo que surge de las interacciones de miles de personas en el contexto apropiado, como tratan de ejemplificar los casos concretos que se presentan en estos capítulos.

Ante el fracaso del modelo autoritario, Easterly propone el desarrollo libre. Al respecto, no hay un capítulo en el que exponga sistemáticamente estas ideas sino que éstas se van repitiendo a lo largo de los distintos capítulos como resultado de la comparación de los ejemplos y casos que expone (páginas 215-216, 237, 245, 276 y 300, por ejemplo). En síntesis, sostiene que los países pobres se desarrollarán cuando se establezcan y defiendan derechos económicos y políticos individuales. Surgirá así un sistema de libre mercado y de democracia política (control de los gobiernos y garantías de respeto del derecho de propiedad, fundamentalmente) que permitirá que la iniciativa y la interacción de miles de actores políticos y económicos encuentren las soluciones a los problemas de cada país. Sin abusos y arbitrariedades del poder, el mercado reconocerá las iniciativas privadas que satisfagan las necesidades de la población y los ciudadanos el buen gobierno.

Easterly desarrolla mucho más la dimensión económica que la política y, adelantando las críticas de que esto se interpretará como la preeminencia del libre mercado sobre el estado, argumenta que este no es el tema de su libro: hay que debatir sobre las garantías de los derechos individuales; estado y mercado son compatibles (creación bienes privados

y bienes públicos) si los ciudadanos pueden controlar el poder político y evitar las arbitrariedades.

En conclusión, ¿qué supone esta propuesta para la ayuda al desarrollo? De acuerdo con Easterly, dos hechos: que hay suficientes evidencias para debatir sobre distintos modelos de desarrollo y, segundo (p. 340), que optar por su propuesta no significa, en el campo de la ayuda al desarrollo, desentenderse de lo que ocurre materialmente en los países pobres, sino orientar también las acciones hacia tareas de presión y promoción política para conseguir que los ciudadanos de los países pobres tengan los mismos derechos que los de los ricos.

En mi opinión, este nuevo libro de Easterly será valioso tanto para expertos en el tema como para las personas interesadas pero inexpertas. En general, pocas críticas pueden hacerse a su planteamiento relativo a los derechos políticos y económicos de las personas pero, en un trabajo largo y denso como éste, han de surgir necesariamente críticas y desacuerdos, cuya profundidad dependerá del grado de conocimiento del tema planteado. Formalmente, por ejemplo, es un libro demasiado extenso, en ocasiones repetitivo y con algún tema o ejemplo cuya presencia en el libro no se entiende ya que aporta muy poco: es el caso de la historia, presente en varios capítulos, de las transformaciones de un edificio y de parte de un barrio de Nueva York.

Asimismo, es necesario reconocer que, al criticar a los actores de la ayuda al desarrollo, Easterly siempre ataca a los más altos y fuertes (Banco Mundial, ONU, Bill Gates, Tony Blair y Gordon Brown, Jeffrey Sachs), pero da una imagen demasiado homogénea de la comunidad del desarrollo. Aunque exista una tendencia mayoritaria,

la lucha por los derechos de los ciudadanos (y no el desarrollo técnico) es una prioridad para muchas ONG (Human Rights Watch, Amnistía Internacional), algunas de ellas mencionadas en el libro.

Finalmente, pienso que el libro podría extenderse o ser más preciso al tratar el proceso a través del cual la interacción de derechos económicos y políticos, o sea, el mercado y el estado democrático, permite el desarrollo. Ya se ha dicho que Easterly insiste en que el tema no es mercado o estado pero, al tratar mucho más la parte económica o de mercado —es economista— que la política, su planteamiento parece incompleto. En países pobres, ¿cuál es la combinación adecuada de mercado y democracia?, ¿hasta dónde pueden llegar? ¿Qué opciones existen? Dada la diversidad de situaciones en esos países, ¿no puede funcionar la planificación en una democracia? ¿No es una opción entre otras o en circunstancias precisas? Prestar más atención y conocer mejor el funcionamiento de los mercados y de la democracia en estos países permitiría responder a estas preguntas³, cosa para la cual este libro puede ser un punto de partida. ●

³ Como se hace en el artículo de R. Harding y D. Stasavage (2014) "What Democracy Does (and doesn't do) for Basic Services: School Fees, School Inputs, and African Elections", *The Journal of Politics*, 76, 1: 229-245.

RELACIONES INTERNACIONALES

Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950

 facebook.com/RelacionesInternacionales

 twitter.com/RRInternacional

